

Nuevo Año

"Nueve... Diez... Once... Doce... ¡Feliz año 2022!" El ruido de una traca explotando en la calle despertó a la anciana. Asustada, se removió inquieta en su mecedora de mimbre y, ojiplática, miró en derredor. En el televisor Anne Igartiburu y Ana Obregón brindaban con champán desde la Puerta del Sol de Madrid. Sobre la mesa, doce uvas peladas en un cuenco de cristal. "¡Maldita sea! ¡Me he perdido las campanadas!".

El enfado dio paso a la tristeza. En la pantalla miles de jóvenes disfrazados se abrazaban y bailaban, pero aquí nada se movía. En la habitación a oscuras la anciana contemplaba las doce esferas verdosas con dolidas resignación. "Ni para esto vales ya, nena". Sus ojos pasaron del hule al teléfono de pared del pasillo, con sus contornos reflejados más allá de la puerta de la salita gracias al brillo del televisor. "¿Se acordarán de llamarme?". Julito, su mujer y sus dos hijas ("¡Ay, mis nietas! Qué guapas y qué grandes están ya") pasarían de año desde un hotel de lujo en Sierra Nevada, entre esquís y abrigo. La pobre Sara trabajaría toda la noche como camarera en una discoteca, aguantando comentarios de clientes borrachos sobre su cuerpo. Qué distinto ha tratado la vida a esos dos, viniendo de la misma madre y la misma casa.

En la pantalla los anuncios sobre felicidad y buenos deseos dieron paso a un programa de música plagado de luces y sonrisas. La anciana alargó el brazo y apretó el botón rojo del mando. La habitación quedó a oscuras y en un silencio estático, roto de manera ocasional por las voces de jóvenes que pasaban por la calle hablando a gritos. Con el paso de los minutos sus ojos se adaptaron a la penumbra reinante. Casi podía ver el polvo acumulado sobre los muebles, las figuritas y retratos en el aparador y el semblante serio de su marido, que en paz descansase, observándola desde lo alto de la pared. "Un año menos, Juan, un año menos para estar contigo. Señor, dame fuerza".

No supo cuánto tiempo había pasado desde la medianoche cuando algo alertó sus sentidos. Un crujido en la puerta, un movimiento imperceptible. Escudriñó la oscuridad hasta vislumbrar unos ojos marrones y traviosos que le sonreían desde el pasillo. Una risa infantil llenó la estancia de luz y color, y cuando quiso darse cuenta la mesa se había llenado de cubiertos y platos humeantes con sopa. Una chiquilla entró a la carrera y se detuvo en seco al ver a la anciana; acto seguido apartó el rostro con vergüenza.

—¡Sarita! ¿Qué es eso que llevas en la boca? ¿Otra vez has cogido galletas antes de la comida? Mira que si no te acabas el plato no sales hoy a jugar a la calle.

Su voz no sonó ajada como de costumbre, sino jovial y enérgica. Sus arrugas habían desaparecido, los huesos ya no le dolían con cada movimiento. Se levantó de un salto de la mecedora y terminó de poner las servilletas en su lugar mientras reprendía con la mirada a su hija. Sara terminó de tragar y, sonrojada, esgrimió una excusa vaga ante el semblante seco de su madre.

—Anda, menos cuentos. Como te vuelva a pillar picando antes de comer dejaré de comprar galletas, y así verás como no vuelve a pasar. Y llama a tu hermano, que se nos va a quedar fría la sopa.

Sara salió como una exhalación del habitáculo, gritando el nombre de Julito. "¡Qué traviesa es esta niña y qué fatigas me da!", pensó la anciana esbozando una sonrisa. El sol del mediodía irrumpía a través de la ventana abierta acompañado de olor a azahar y a galán de noche. Julito llegó al fin junto a su hermana. Cabizbajo y sin mediar palabra se sentó en su silla y agarró un trozo de pan. "Yo este niño no sé a quién ha salido, tan callado siempre. Míralos, la noche y el día, el silencioso y la terremoto, ángeles de mis amores, flores de mis desvelos".

La anciana, recuperada su forma, aún vio unos segundos más al trío sorbiendo la sopa a cucharadas ("Pero, ¡ten cuidado, Sarita, que te vas a quemar la lengua!") bajo una espléndida luz de agosto en esa misma habitación en que ahora ella, sola, dormitaba a oscuras. Qué joven era, cuántos años y cuántas aventuras le quedaban por delante. No fue fácil criar y alimentar ella sola a dos chicos. Las interminables jornadas de trabajo, las malas notas y las reprimendas al final de cada curso, los favores a vecinas para llegar a final de mes, los disgustos...

Y sin embargo siempre que miraba a aquellas dos personitas que parecían dar un estirón a cada día que pasaba se sentía pletórica y llena de orgullo. Sus pequeños, su razón para aguantarlo todo, para disfrutarlo todo. Qué feliz era por aquellos entonces, y qué poco me daba cuenta, pensó. De bebés preciosos de ojos grandes e inocentes pasaron a niños con personalidad propia, con carácter y deseos propios, y de ahí a adolescentes con sueños y aspiraciones.

Julito se marchó del pueblo para estudiar Derecho en la capital, qué recto y cuadriculado ha sido siempre este chico. La anciana pudo pagarle los estudios con muchas dificultades, mucho sudor y ningún detalle para consigo misma. La ropa se remendaba, el maquillaje o los viajes de placer ni se pensaban.

Sarita pronto se mudó para vivir con su primer novio, un hombre rudo que la engañó con otra mujer. En el teléfono que ahora no sonaba para felicitarle el año escuchó la anciana a su hija llorar ríos por aquel tipo desalmado, y sufría más la madre que la hija. "¡Ay! ¡Ay! Mi niña, ¿por qué le pasan estas cosas, con lo buena que es?". Recorría la casa de un lado para otro, lamentándose mientras fregaba el suelo, limpiaba los armarios y barría el patio. Vinieron otros novios, pero ninguno se quedó a su lado. La pobre Sarita, tan risueña. ¿Fue feliz?

La anciana bajó el mentón hacia su prominente barriga. La acarició suavemente sobre la ropa, mientras susurraba palabras de amor, aún no conocía a quién.

— ¿Me has dicho algo?

Juan la miraba con gesto extrañado, la camisa abierta y el pelo azabache húmedo, recién duchado tras todo un día de arduo trabajo. "¡Ay! Juan, Juanillo, cariño mío, ¡cómo te he echado a faltar!".

— No, hablaba sola.

Su interlocutor se sentó en la mecedora contigua y la abrazó con delicadeza. Tras darle un beso en la mejilla, le susurró al oído:

— Estás muy guapa, nena.

La anciana, de nuevo recuperada su piel tersa y joven, se acurrucó junto a él, apretando el rostro contra su pecho. "Qué zalamero eras, Juan, y qué desordenado eras, y qué trabajador, y cuánto te quería".

— Ahora toca el trabajo en la fábrica y tener a los críos, ea. Pero cuando crezcan iremos al Teide, como te prometí. Yo sé que en la boda no hubo dineros para buenas ropas ni lunas de miel, pero vamos a ahorrar y algún día estaremos juntos allá arriba, ya lo verás.

Tonto, tonto Juan. Y tonta yo. Cual lechera del cuento, construimos castillos en el aire que el viento derruyó. Pero ¡ay!, qué ilusión me embargaba en aquellos días, cuando el mundo y la vida eran regalos de Navidad esperando a ser desenvueltos, y el futuro se atisbaba con promesas de familia, unión, dinero en la cartilla y planes en común.

El amor nos hizo levitar, nos dio a nuestros dos pequeños a quienes no cambiaría por nada, y aunque el destino se te llevó demasiado pronto, siempre te he tenido aquí en el pecho conmigo, Juanillo, dándome ánimos, insuflándome fuerzas para seguir adelante, aunque lo que vino no fue como lo deseábamos entonces. Gracias por todo, marido mío, allá donde estés. Sarita y Julito crecieron fuertes y sanos, y yo continué sin ti, qué remedio, un poquito más sabia y un poquito más cansada cada día.

La ensoñación de Juan abrazándola se difuminó hasta desaparecer junto al sonido de sus latidos, pero su olor permaneció largo rato en la sala en que la anciana dormitaba, entre la vigilia y la somnolencia, en ese estado mental en el que nacen la determinación y las grandes ideas.

El primer rayo de sol del nuevo año penetró por entre las rendijas de la persiana, yendo a caer sobre las doce uvas todavía intactas encima del hule. La algarabía de los jóvenes retirándose a sus camas tras una noche de fiesta despertó a la anciana, quien aún sumida en sueños del pasado tardó en reconocer la estancia a oscuras, la cálida manta de su mecedora y el resto de enseres que componían la sala de estar de su hogar. ¡Vaya noche más rara!

Con el cuerpo aún entumecido por dormir sentada, rememoró las vivencias resucitadas por su subconsciente. La mirada infantil de sus niños, el calor de la sopa sobre su rostro, la sensación de bienestar que propiciaba el abrazo de su amado... Una vida de recuerdos, de vivencias mundanas pero extraordinarias al mismo tiempo, una existencia de amor, de esfuerzo recompensado, de penurias que la hicieron más fuerte, que la prepararon para afrontar lo que vino. Se dijo: "he tenido una buena vida, una vida plena..."

"... y la sigo teniendo". Algo en su mente se quebró. O se recompuso. Qué más da. Cuando retiró la manta de su regazo fue como si levantase una losa anidada en lo más profundo de su interior. La anciana no se sintió anciana. Una pasión desbordante la invadía. Algo había cambiado. "Ay, nena, hacía años que no te sentías así de viva".

Se incorporó sin apenas esfuerzo. Lo primero, el desayuno. El cuenco sobre la mesa continuaba burlándose de su mala pata la noche anterior. Se acabó. Una a una, las doce uvas fueron entrando a su boca. Depositó con energía el cristal sobre la mesa.

— A ver ahora quién va a tener mala suerte este año.

Con pasos ligeros se dirigió al baño, se lavó las manos y la cara y se miró al espejo. "Estás estupenda, nena, menos quejarse, que la vida son dos días y no hay que desaprovecharlos". Cuando regresaba por el pasillo se detuvo ante el teléfono. "Éstos ni me han llamado para felicitar me el año nuevo, vaya dos. Una los cría y ellos se pierden. Pues que no se diga". Agarró la agenda que descansaba en el recibidor y buscó una página en concreto. A continuación, descolgó el teléfono y comenzó a marcar números.

— ¿Diga? ¿Mamá? ¿Ha pasado algo?.. Uy, qué torpe, se me olvidó llamarte anoche. Con tanto esquiar no sé dónde tengo la cabeza... Las niñas te mandan recuerdos... ¿Ir al pueblo? Lo tenemos difícil. A ver si para Semana Santa. Y si no, para las vacaciones de verano.

— Sí, sí, eso está muy bien, Julito. Oye, que feliz y próspero año nuevo y esas cosas que se dicen. Felicita tú el año a tu hermana de mi parte, que habrá trabajado toda la noche y estará molida. Pero no te llamaba por eso. Quería deciros que esta mañana he tomado una decisión. Ya que no me lleváis de vacaciones con vosotros ni venís a visitarme, voy a irme de viaje.

— ¿De viaje? ¿Tú? ¿A tu edad?

— ¿Qué edad ni qué perro muerto? Me he pasado la vida encerrada en esta casa, consiguiendo dinero para manteneros. Ya estáis creciditos, así que ahora me toca a mí disfrutar un poco. En cuanto te cuelgue me pongo la chaqueta y salgo por la puerta a la agencia de viajes. Me voy al Teide, que tu padre me hizo promesa y por unas cosas y otras, no he salido del pueblo en todos estos años.

— ¡¿Al Teide?! ¿Pero te has vuelto loca?

— Sí. O cuerda. Diles a las niñas que las quiero mucho. Ya os enviaré una postal desde allí. Ale, a seguir disfrutando del esquí.

— ¡Pero mam...! —el teléfono regresó a su lugar.

"Nunca es tarde si la dicha es buena, dice el refranero. Si la vida son dos días, yo los paso en las Canarias, que hay playa y calorcito. Próspero año nuevo, nena".

Francisco Reina Milán

1º Finalista II Concurso de Relatos de AYAC: 'Historias de Vida'